

EL POBRE DE ASIS.



Si dirigimos en derredor nuestro una mirada atenta y escrutadora, y examinamos con serenidad los orígenes del constante desasosiego que aqueja á la sociedad moderna, observaremos que una de las causas que más contribuyen á esta inquietud incesante es el afán desordenado de riquezas, el apetito sin freno de comodidades materiales. La pobreza es considerada, por regla general, como padron de vileza y de infamia; á la aristocracia de sangre azul ha reemplazado la aristocracia de la banca, de tal modo, que bien podemos afirmar con un ingeniosísimo y profundo escritor, ha pocos años arrebatado á las letras, que el tipo, el dechado, el héroe, digámoslo así, de la sociedad de nuestros días es el banquero. La codicia roe los corazones, los achica y seca en ellos hasta la fuente de las lágrimas. La caridad se apaga en las almas, y para excitar la compasion en favor de los desgraciados, se necesita recurrir á diversiones y espectáculos, como si una vez más quisiera probarse que el rasgo característico de las gentes al día es el de no obrar nunca sino por impulso del goce material.

Pero éste es ineficaz para satisfacer esas aspiraciones generosas, ese arranque hácia lo infinito, que palpitan en el fondo de todo sér humano, y pronto el hastío viene á sustituir al ánsia, y la desesperacion se apodera de esos infortunados que, atesorando cuanto puede atesorarse en la tierra, no han sabido levantar su corazon sobre los bienes terrenales y trabajar para la posesion de los eternos, únicos capaces de calmar los dolores y las amarguras que padece el hombre en este bajo mundo.

Por otra parte, el ejemplo, que es la predicacion más eficaz, despierta en los pobres violentísimo apetito de riqueza. Se les enseña de palabra y de obra que el anhelo ardiente de felicidad queda concen-

trado al tiempo de la vida presente; y ellos, con aterradora é inexorable lógica, pretenden disfrutar de los goces de que los ricos disfrutaban. ¿Qué razon opondrán éstos á esas pretensiones, si, despues de todo, no son sino consecuencia naturalísima de las premisas que ellos sentaron? Por eso, con sobrado acierto, exclamaba un admirable literato español: «A mi no me asusta la *Commune*; lo que me asusta es la lógica terrible que la ha producido».

A estas antinomias irreductibles y á esta situacion violentísima vienen siempre á parar las sociedades y los pueblos cuando se substraen á la influencia bienhechora y santa del Catolicismo. Si el mundo no quiere someterse á la ley del amor, debe necesariamente someterse á la ley de la fuerza.

Mas como la ley de la fuerza, atentatoria á la dignidad del hombre redimido por la Sangre de Cristo, no sirve sino para disgregar y descomponer, es indispensable que, si la sociedad ha de subsistir formando un cuerpo perfecto, y no una suma de elementos diversos, sin cohesion ninguna entre sí, impere y reine en los entendimientos y en los corazones la ley del amor, traída al mundo por el Verbo humanado y difundida por sus Apóstoles y por los sucesores de sus Apóstoles.

Entre éstos ocupa lugar señaladísimo el bienaventurado Penitente de Asís, el vehemente amador de la pobreza, el gran patriarca de la democracia cristiana, el benditísimo y humildísimo varon, á quien la voz popular, pocas veces más inspirada, llamó *el gonfaloniero di Cristo*. Dos de los aspectos que ofrece la vida fecundísima de este Santo requieren meditacion especial en nuestros tiempos: su caridad inmensa, incomparable, abrasadora, y su amor sin limites á la pobreza, que celebró con Francisco místicas nupcias que merecieron ser cantadas en áureos versos por el Dante.

Su caridad ardiente, que nunca se saciaba de padecer por Dios y de amar al prójimo, transformó de tal manera la sociedad, que fué sin duda uno de los elementos que más contribuyeron á aquel cambio maravilloso que se operó en el mundo en la décimatercera centuria. Nadie, al finalizar el siglo XII, entre resplandores de incendio y gritos de rebelion contra la Maestra Augusta de la verdad, hubiera podido humanamente predecir aquel cambio, ni esperar que la soberbia desenfrenada, el lujo desapoderado y la pasion ciega por los intereses materiales que, á manera de cáncer, corroían á las familias y á los pueblos, y sembraban en unas y otros gérmenes de desunion é

instintos de discordia, hubiesen de dejar su lugar á la caridad y al amor, y donde solo imperaban antes los vicios más abominables, se asentara á manera de reina la práctica de la vida cristiana, y se olvidasen rencores y agravios, y los que antes eran enemigos se diesen el ósculo de hermanos, como ocurrió en más de una ciudad italiana.

Esta fué la obra de Francisco, obra de regeneracion y de amor. Para llevarla á cabo no necesitó ni ejércitos formidables, ni la ayuda de los altos poderes de la tierra, ni el favor de los que brillan en el tráfigo del mundo. Humilde, pobre como el Maestro Divino, cuyas huellas seguía, bastóle su caridad y los medios ingeniosos que esta le sugería para realizar empresas que nos asombran y que nunca podrán explicarse con arreglo al menguado criterio positivista.

¡Ah!... ¿Cómo ha de explicar el positivismo estas maravillas, si, fiel á su título, lo primero que exige al hombre es que atesore bienes terrenos, y Francisco, para llevar á cabo sus altos y civilizadores propósitos, comenzó por renunciar las riquezas que poseía y por declararse paladin de la pobreza? Bien conocia el corazon humano aquel Santo pobre cuando veía en el apego excesivo á los bienes de la tierra una de las causas más poderosas de la destruccion de la Caridad. La posesion de las riquezas, en vez de calmar nuestras ánsias, las aviva cuando no sabemos contener la ambicion con el freno de la virtud cristiana. Schopenhauer, á quien nadie podrá tachar de parcialidad católica, ha dicho que la satisfaccion de una necesidad se convierte en gérmen de nuevos dolores. Y estos dolores que siente el hombre cuando no piensa sino en realizar sus ánsias de bienestar material, le impiden pensar en los dolores ajenos, y le van haciendo cada vez más egoista. No así aquel que, considerando los intereses de la tierra como fugaces y transitorios, tiene puesto su corazon en cosas más altas, y á su consecucion camina con firme serenidad. Ese, si es rico, tendrá uno de los goces más puros é inefables al acudir en auxilio de los necesitados con dádivas generosas y con palabras de amor: si es pobre, se resignará al pensar que pocos son los días que ha de vivir en este mundo, y que tras estos pasajérisimos dolores le aguardan las inenarrables y eternas delicias de la gloria. Quien así piensa, no contribuirá seguramente á engrosar las filas del socialismo, ni coadyuvará á la obra de destruccion á que se han entregado muchos infelices proletarios desde que se les ha arrancado la Fe, que iluminaba las tinieblas de su entendimiento, la Esperanza, que les servía de báculo en sus

malos días, la Caridad, que les enseñaba á amar á todos, á los superiores, y á los iguales, y á los inferiores.

¡Cuánto más que los pseudo-regeneradores modernos ha hecho San Francisco de Asís por las que hoy se llaman clases desheredadas! Aquellos, á la vez que halagan á los pobres con palabras, se apartan de ellos; pero Francisco y los que siguen sus huellas, no contentos con amar á los pobres, para hacerse una sola cosa con ellos se desposeen de todos los intereses terrenos. No otra cosa hizo aquel acaudalado vecino de Todi, que, abandonando cuanto poseía, y humillándose hasta un extremo inconcebible, se abrasó en amor á la bienaventurada pobreza, á la cual ensalzaba con frases tan tiernas como estas:

«Povertade poverina,
Ma del cielo cittadina».

Este mundo moderno, enfermo por falta de amor y por sobra de codicia, necesita para su curacion de la maravillosa medicina de la caridad y del desapego á los intereses terrenos. Por eso, en el desarrollo de las instituciones franciscanas debemos poner grande empeño, porque de ellas puede esperarse, como ha dicho nuestro beatísimo Padre en una de sus admirables Encíclicas, «el insigne fruto de que vuelvan los corazones á la libertad, fraternidad é igualdad, no como absurdamente las conciben los masones, sino como las alcanzó Jesucristo para el humano linaje y las siguió San Francisco: esto es, la libertad *de los hijos de Dios*, por la cual nos veamos libres de la servidumbre de Satanás y de las pasiones, nuestros perversísimos tiranos: la fraternidad que dimana de ser Dios nuestro Criador y Padre comun de todos: la igualdad, que teniendo por fundamento la caridad y la justicia, no borra toda diferencia entre los hombres, sino con la variedad de condiciones, deberes é inclinaciones, forma aquel admirable y armonioso acuerdo que pide la misma naturaleza para la utilidad y dignidad de la vida civil».¹

CARMELO DE ECHEGARAY.

(De *El Movimiento Católico*.)



(1) Enciclica *Humanum genus*.